

# IDENTIDAD DEL EDUCADOR CATOLICO A MODELO DE JESUCRISTO<sup>1</sup>

José Leonardo Rincón, S.J.<sup>2</sup>

## 1. Introducción

Reciban todos y todas mi fraterno y cordial saludo. Me siento muy a gusto de estar con ustedes en esta XX Convención Nacional de Educación Católica. Mis particulares agradecimientos para Sor María Jesús Subauste, Presidenta del Consorcio de Centros Educativos Católicos del Perú, por su amable invitación. Con ustedes, como educador, como sacerdote y como jesuita, me siento en casa, me siento en familia, pues también nuestra Confederación de Colegios, CONACED, hace parte de la gran familia de la CIEC. Nos unen muchos vínculos. Ahora, por ejemplo, con ocasión del desastre que han vivido como nación, éstos vínculos han tenido motivos suficiente para estrecharse particularmente: oramos por ustedes, estamos con ustedes, nos solidarizamos con ustedes!

En febrero pasado, en el Congreso de la CIEC celebrado en Argentina, fui invitado a hablar de la Identidad Católica de la Escuela en América, un tema amplio de tratar, sobre el cual se ha escrito mucho, pero que realmente es muy estimulante pues señala a través de los múltiples documentos publicados el derrotero a seguir como escuela, en general. En cambio, el tema sobre el cual hablaremos hoy, circunscribiéndose en el anterior, llega al meollo o corazón del asunto: en tanto que la escuela es un ente abstracto, el educador católico es una persona concreta. Por eso acepté su invitación, porque es un hermoso desafío hablar a los educadores de su misión y, particularmente, de su identidad como educadores católicos a modelo de Jesucristo.

## 2. Ejercemos nuestra misión de educadores en un contexto desafiante

Recordando cuando éramos niños, se oía a los viejos decir que estas nuevas generaciones eran muy distintas a las anteriores. Hoy decimos nosotros lo mismo: ¿ya estamos viejos? O en realidad las cosas son distintas. Lo primero, no lo dudo, pero sobre lo segundo estoy totalmente convencido: educar hoy tiene implícitos unos retos que antes no teníamos. No solo ya poco contamos con las familias como apoyo para hacerlo sino que además nos toca hacerlo en contra-vía, contra-cultura.

Nuestros Pastores, reunidos a mitad de año en Aparecida así lo expresaron directamente: “América Latina y el Caribe viven una particular y delicada emergencia educativa”<sup>3</sup> pues la educación, de una forma reduccionista se ha centrado más en los conocimientos y en las habilidades, de cara al mercado, la producción y la competitividad; se ha vuelto laxa en delicados asuntos de orden familiar y del manejo de la sexualidad, por ejemplo, y ha dejado de lado valores espirituales y religiosos, además de no ofrecer un claro sentido de la vida.

Antes de continuar quisiera hacer una aclaración. Aunque en sentido amplio ser “educador” es menester de todos los miembros de la comunidad educativa<sup>4</sup>, aquí me referiré en sentido estricto al educador-maestro, es decir, al educador que comparte e interactúa con sus estudiantes la mayor parte del día en el ámbito escolar.

---

<sup>1</sup> Primera Ponencia en la XX Convención Nacional de Educación Católica, convocada por el Consorcio de Centros Educativos Católicos del Perú, Cajamarca, 8 de octubre de 2007

<sup>2</sup> Rector del Colegio San Ignacio de Loyola, Medellín, Colombia.

<sup>3</sup> Aparecida (A), 328

<sup>4</sup> Entiéndanse: Directivos, Profesores, Estudiantes, Padres y Madres de Familia, Exalumnos, Personal Administrativo y de Servicios.

En dos direcciones simultáneas e igualmente importantes veo los desafíos que tenemos como educadores: los que se nos plantean desde el contexto externo y que obedecen a este cambio epocal y los que tenemos que asumir, en consecuencia, a nivel personal, para buscar responder a aquellos. Unos y otros se exponen de manera general y ojala puedan ser profundizados y ampliados por ustedes.

## 2.1. Desafíos que se le plantean al educador desde el contexto externo

No estamos, como se dice, en una época de cambios sino en un cambio de época. Realmente estamos frente a un giro copernicano.

Gústenos o no, denominemos con este o con otro nombre la época en que vivimos, la verdad es que lo que se ha dado en llamar la **Posmodernidad** es un hecho aquí y en todas las latitudes, así sus expresiones cobren diversos matices según los países, regiones o contextos más locales y así se afirme que en nuestro continente, por ejemplo, hemos llegado a ella sin siquiera haber vivido a fondo la modernidad. Es nuestro primer desafío.

Como este asunto, seguramente, ya habrá sido trabajado por ustedes, simplemente me permitiré aludir a aquellas características tuyas que nos interpelan y exigen de nosotros una respuesta:

- El así llamado “desencanto de la razón”, por haberse prestado a intereses parcializados y sesgados queriendo ofrecer, según sus diversas perspectivas, principios de validez universal, generando ilusiones que nunca llegaron a hacerse realidad. Abismo infranqueable entre teoría y praxis.
- En esa misma dirección, el rechazo a los grandes “relatos”, porque no son más que teorías, narraciones y cuentos, que han justificado abusos so pretexto de ser salvadores del hombre. Hay un recelo frente a todo discurso omnicompreensivo. La ética es algo provisional. Es mejor la heterogeneidad, aunque signifique una amenaza de fragmentación.
- El “fin de la historia”, pues como no hay grandes relatos que marquen sentido, se puede uno realizar en la inmediatez, renunciando a toda posible utopía. No hay cabida a una teleología. Lo que importa es el goce hedonista del aquí y el ahora. Hay ausencia de compromiso y de pasión.
- La “vuelta a lo religioso” pero de una forma ecléctica y compleja. La religión se privatiza, Evangelio y Corán se mezclan, las espiritualidades se venden en el supermercado, los jóvenes vibran con la figura de Juan Pablo II pero no le hacían caso, se confía menos en la Iglesia pero tampoco hay hostilidad hacia ella. Lo religioso se trivializa en horóscopos, sectas, esoterismos, experiencias místicas de corte oriental, supersticiones...
- La “estetización de la vida” corre el peligro de forjar un hombre débil, a-crítico, desmemoriado, insensible ante el dolor humano, como representante de una cultura anoréxica, desganada, obesa, cansada.

Es verdad que la posmodernidad también tiene sus facetas positivas que no podemos ignorar deliberadamente.... Con todo, se dan una serie de fenómenos que no nos pueden pasar desapercibidos.

Nuestro segundo desafío es el actual fenómeno de la **Globalización**. Con todo lo positivo que tiene y que no podemos dejar de reconocer, valorar y promover: Las ideas de aldea global, de que somos una cultura planetaria que tiende a superar fronteras y barreras, la apertura al diálogo intercultural, a realizar sinergias interinstitucionales y a trabajar en redes. Impulsados a pasar del nacionalismo al universalismo, de los prejuicios étnicos y culturales a la tolerancia y el pluralismo, de los totalitarismos a la democracia. La creciente conciencia que se convierte en nuevo valor respecto de la biodiversidad y la ecología: el mundo es nuestra casa y tenemos que cuidarlo.

Así las cosas, el educador-maestro debe pensar globalmente y actuar localmente. Superar el individualismo y pensar en grande. No encerrarse en sus mundillos de la cotidianidad y la rutina, de su aula y de su escuela, pues al hacerlo se condena al fracaso y al aislamiento.

Respetando las debidas autonomías, se hace necesario pensar en estructuras ágiles de cooperación y proyectos conjuntos, intercambios y redes. En ese sentido, podríamos preguntarnos: ¿aprovechamos nuestros recursos en equipo o cada uno va por su lado?, ¿tenemos sentido de cuerpo, de común-unidad?, ¿hacemos sinergias inter-institucionales para optimizar nuestros talentos y potencialidades?, ¿nuestro centro educativo es el medio y espacio privilegiado para ello?, ¿poseemos la actitud humilde para aprender lo bueno que otros hacen?, ¿esto es una federación de repúblicas independientes o una red efectiva de solidaridad educativa?

Se habla cada vez más de la necesidad de una colaboración internacional. Es un desafío superar el individualismo y la auto-suficiencia prepotente del que cree sabérselas todas. Encerrarse es condenarse al fracaso.

También, a no dudarlo, dentro de muy poco, tendremos que superar la odiosa separación entre educación pública y privada. Y no porque ésta no deba tener cabida, pues al fin y al cabo propugnamos también la libertad de enseñanza, sino porque con este divorcio, de forma cómplice, se ha favorecido un Estado ineficaz que no cumple con sus obligaciones constitucionales. De ahí que tengamos que hacerle entender que su deber es asumir dichas obligaciones y destinar, dentro del PIB, un porcentaje más significativo en educación, que esté acorde con sus manidos discursos sobre la importancia que para el futuro de nuestros países tiene el acto educativo. De ahí que afirme que mientras sigamos divididos, defendiendo nuestros particulares intereses, halando cada uno por su lado, la consigna “divide y vencerás” nos mantendrá postrados. A este respecto, nuestros Obispos en Aparecida al hablar de la educación como un bien público<sup>5</sup> nos invitan a no encerrarnos en nuestras “campanas de cristal” pues la educación en manos del Estado, proporcionalmente hablando, es cuantitativamente superior a la confiada a los particulares y no la podemos dejar de lado.

Pero también la globalización tiene una faceta negativa ante la cual hay que estar muy atentos: Me refiero, en concreto, a las políticas neoliberales que han aumentado la exclusión y la marginalidad en nuestros ya agobiados países. Esta cruda y dolorosa realidad nos desafía ineludiblemente.

No voy a emplear cifras alarmantes, pero el 60% de nuestras gentes es pobre de solemnidad. Muchos de ellos no tienen realmente qué comer, obviamente, menos tendrán para vestirse y nunca para permitirse los lujos de la inmensa minoría. A nuestras escuelas y colegios llegan, precisamente, muchos de ellos. De ahí que el educador-maestro tendrá que tener muy en cuenta el contexto en el que trabaja y la dura realidad que viven sus estudiantes. No le podrá “pedir peras al olmo” si sus estudiantes no poseen atención básica en salud, una vivienda digna dónde vivir y estudiar, unas raciones diarias de comida con el mínimo de proteínas para no estar desnutridos, al menos unos cuantos espacios y tiempos para su recreación y descanso. Si no las posee en un mínimo adecuado, no debe extrañarnos el que no nos ofrezca los resultados que esperamos. No debe admirarnos que el círculo perverso de la pobreza se aumente, no debe escandalizarnos el que aumente la violencia. Todo esto tiene que decirnos algo!

El asunto, entonces, es cómo hacemos desde nuestra tarea de educadores para disminuir la desigualdad de oportunidades, la exclusión y la pobreza. El fracaso escolar, ya lo vemos, no es gratuito, ni es la causa sino la consecuencia de este doloroso panorama. Nos preocupa la alta repitencia. Nos impacta que la deserción posea altos niveles (cercana al 50%, es decir, sólo la mitad de los estudiantes que inician primaria la terminan y sólo el 20% concluyen la secundaria, y qué decir de la educación universitaria que sigue siendo el privilegio de unos

---

<sup>5</sup> Cfr. Aparecida, 481-ss

pocos: luego la pirámide que paulatinamente va desechando y excluyendo no ha variado. Nos indignamos, entonces, ante la inequidad y también nos preguntamos por la calidad de nuestra oferta educativa pues sabemos que no basta la cantidad y la cobertura que tanto cacarean algunas autoridades.

La educación debe contribuir a erradicar la pobreza de nuestras gentes. Sin educación la exclusión social es ya una condena. Por eso, un país que de verdad cree en su gente invierte en educación. Un país que quiere un futuro mejor para su gente hace de la educación una política de estado y no la reduce al discurso populista del gobierno de turno. Un país que se plantea reformas educativas de fondo, cuenta con el concurso y participación cercana de sus educadores. Un país que valora la educación de su pueblo, se propone mejorar su calidad y apuesta por brindarle lo mejor de sí a sus mediadores, los maestros.

En concreto, si se quiere mejorar la calidad de la educación, debe mejorarse la calidad de nuestros educadores, por eso, son desafíos impostergables:

- Establecer un proceso claro en su contratación: Hay que definir políticas serias de selección, contratación e inducción del personal que quiere dedicar su vida a esta noble causa. Perdónenme: ser educador no es la salida fácil al desempleo. No se es educador porque no se sabe hacer otra cosa.
- Ofrecerle una formación de alta calidad: La inicial, por lo pronto, suele ser de baja calidad en Normales, Facultades e Institutos de nuestros países. Se teoriza demasiado, no se conoce la realidad, la preparación es mediocre. Siento vergüenza de educadores nuestros que no saben hablar en público, no saben redactar una página, tienen una ortografía pésima, con una letra ininteligible. Existe la discusión sobre si un educador debe prepararse primero en su especialización y luego formarse en lo propiamente pedagógico o si primero debe ser pedagogo y después dedicarse a la especialización: lo importante es ser muy consciente de que no todo el que sabe algo sabe comunicarlo pedagógicamente, en cambio para saberlo comunicar pedagógicamente sí hay que saberlo. Además de una sólida preparación básica, debe aspirarse a estudios de postgrado y a cursos de formación permanente o continuada pues o nos actualizamos o nos quedamos del tren de la historia y del conocimiento, repitiendo con papeles amarillentos por los años los mismos discursos de siempre. El conocimiento en todas las ciencias evoluciona todos los días geométricamente, luego no podemos anquilosarnos!
- Hacer de la investigación una tarea familiar: no es un asunto exclusivo de la universidad. Todo educador debería dedicar parte de su tiempo a escribir sus experiencias, sistematizarlas y compartirlas con otros. Cuánto caudal de conocimientos y sabiduría permanecen anónimos! La investigación, por sencilla que sea, debería ser, pues, una de las tareas del educador que no se contenta con ser un mero transmisor sino que se exige el ser un productor de pensamiento.
- Evaluar periódicamente su desempeño: No hay que temerle al ser evaluados. Entre nosotros, no hace mucho, se generó una gran protesta del magisterio oficial porque el Ministerio de Educación les pidió ser evaluados a nivel académico. Auténtico pánico se produjo, paros, mítines. “El que nada debe, nada teme”, decimos nosotros: ¿entonces? Yo creo que están muchos de mis colegas tan anquilosados, tan apoltronados en sus viejos saberes que su resistencia no era otra cosa que puro miedo de descubrirse obsoletos. Lo que no se evalúa no se mejora.
- Reposicionar su status: Me refiero por supuesto a su situación socio-económica, en cuanto poseer condiciones salariales justas y en similares condiciones de otras profesiones. No dudo en ello ni tampoco en el que haya que buscar estabilidad laboral. ¿Cómo terminar con los profesores “taxi” que deambulan de escuela en escuela, trabajando por horas, cobrando salarios a pedazos, aquí y allá, mañana, tarde y noche? Esto no es digno ni para ellos ni para nuestras comunidades educativas, a no ser que algunos se sientan cómodos como mercenarios escolares. Pero me refiero también a la necesidad de buscar reposicionarse en la sociedad, recuperando el prestigio de la vocación de educadores: por su autoridad moral, demostrando quién es, cuánto merece su trabajo, cuán digno es, etc. y no solamente intentando demostrarlo a base de huelgas. Respeto los sindicatos de

educadores, en cuanto me parece justo que busquen la reivindicación de los derechos de sus afiliados, pero no comparto la estrategia de vivir de huelga en huelga, pues de tanto hacerlas ya no sólo no se llega muy lejos sino que no son creíbles. En nuestro país, una estudiante de secundaria de un colegio del estado me decía que de las 40 horas de clase que debía haber tenido en la semana sólo sus profesores se hicieron presentes a dos...(!) Así no se educa!, así no se reposiciona la imagen del educador! Esto es estar postrados moralmente!!

- Ofrecerle las mejores condiciones de trabajo: Es verdad que muchos de nuestros educadores, por la mística que poseen, “trabajan con la uñas” pero se requiere dignidad. Ofrecer condiciones favorables en zonas más duras y difíciles, donde geográficamente deben estar presentes y no lo están, son motivantes. La carga académica (horas-clase) debe ser proporcional al tiempo dedicado para otras labores no menos relevantes: lectura, investigación, atención a alumnos y padres de familia, corrección de trabajos, etc. El contar con medios de enseñanza adecuados facilita las labores educativas y estimula a todos.
- Tener un claro liderazgo en la comunidad educativa: Un buen director o rector, un buen administrador, en fin, un buen equipo directivo, motiva, alienta, es participativo, cree en su gente, estimula, apoya, dinamiza. Hace una buena labor. Su desafío es mejorar la calidad en la gestión escolar, con una planeación rigurosa y seria que promueva la calidad integral en el día a día de su quehacer educativo.

Hay un tercer desafío, no menos importante que los anteriores. Se trata del **Desarrollo tecnológico**. Con todo, conscientemente, no quiero profundizar dado que este asunto, unido al de las nuevas tecnologías, debe ser abordado con mayor extensión y propiedad por quienes manejan el asunto.

Sólo diré aquí que el pensamiento sistémico y complejo se impuso y que cual fuerte nueva ola nos puede dejar tirados en la playa o hundirnos en el mar. El hecho es que el mundo de la información nos agobia y satura. Los mensajes de los medios compiten o contradicen lo que decimos en las aulas. Internet incursionó ya en nuestras aulas y nos permite acercarnos al mundo en contados instantes... Las nuevas tecnologías entraron en nuestro currículo para quedarse.

Y nosotros, como educadores, tendremos que aceptar con paz que no nos las sabemos todas, que nuestros estudiantes, incluso, pueden saber más que nosotros. Entonces, nuestro rol de mediadores del conocimiento, de interlocutores de las nuevas culturas cobra vigor e importancia.

Para los estudiantes, las nuevas tecnologías resultan atractivas en tanto que el aula se les hace pesada. Les gusta porque les dice lo que a ellos les gusta oír o ver, mientras en el aula, con frecuencia, se cuestiona, se “mueve el piso”, se pone a pensar. Y no porque los dos sean enemigos irreconciliables sino porque a la hora de la verdad corresponden a dos epistemes que antes que entrar en confrontación deben establecer un diálogo constructivo en favor de la educación.

La escuela, cuestionada como lugar de encuentro entre el educador y sus estudiantes, dado que todo se puede hacer ahora por Internet, debe ser atractiva, atrayente. Debe saberse “vender”, cautivar. Debe contar con los equipos mínimos de trabajo, más no deberá colocar en ellos sus glorias o creerse que se es más escuela o colegio porque se tienen más ordenadores. Se pueden tener 20 salas de 40 computadoras cada una y en este sentido ser un bosque en tecnología y se puede, simultáneamente, ser un desierto en humanidad.

El educador, lo creo a pie juntillas, será irremplazable como persona. Podrán existir las máquinas más sofisticadas que desborden a nuestros maestros en flujos de datos, en rapidez y en eficiencia, pero nunca, léase bien NUNCA, el pensar crítica y auténticamente lo harán estos aparatos. Nunca el afecto, el calor humano y la acogida podrán ser sustituidos. El educador será imprescindible como mediador privilegiado para la interlocución de este

acontecimiento científico. Y es que en el inmediato futuro tendrá que existir equilibrio entre la creciente demanda de infraestructuras complejas con cibernéticas sofisticadas y el talento humano que estará frente a ellas.

## 2.2. Desafíos que se le plantean al educador a nivel personal

En los Congresos recientes de educación se habla del perfil del educador reconociéndolo ante todo como un acompañante en el desarrollo positivo y de crecimiento de sus estudiantes, a sabiendas que se le pide de todo un poco y que, a su vez, no puede saber de todo.

Sin pretender que nuestros educadores-maestros sean super-héroes, tipo Superman, sí creo que deben (debemos!) atender aún otros desafíos, esta vez a nivel personal y casi como “conditio sine quae non” los primeros que a nivel externo hemos planteado podrán ser atendidos convenientemente.

Nuestro educador debe tener **Identidad, es decir, una personalidad propia, definida, atractiva**. De alguna manera debe ser un “modelo”, un referente, un paradigma. Aquí está el “quid” de esta conferencia que más adelante retomaré.

Este “aprender a ser” en sí mismo y que debe “contagiar” por ósmosis a sus estudiantes es una premisa fundamental que a veces se olvida o descuida. El “conócete a ti mismo” socrático o el “amor a sí mismo” evangélico, finalmente apuntan a que uno no puede dar de lo que no tiene.

En el mundo hay 50 millones de educadores: De ellos creo yo, hay varios millones de docentes, unos cuantos cientos de miles de profesores, pero muy pocos maestros. Como quien dice: abundan docentes, faltan profesores y escasean los maestros. Distingo claramente los tres: el docente es el educador que se restringe a la única función de enseñar. El profesor, amplía su círculo de funciones para compartir otras facetas de su profesión con los estudiantes, pero toma distancia: es el que sabe, es el que enseña, es el que disciplina, es la autoridad. El maestro es, por supuesto, también profesor y docente, pero va mucho más allá. Como su rol se ha originado en una auténtica vocación de servicio, comparte lo mejor de sí mismo con sus estudiantes no sólo a nivel de conocimientos sino, sobre todo, animando y convenciendo con su testimonio de vida. Es amigo exigente y compañero de camino en ésa “paideia”, en ése “e-dúcere”, que busca generar más preguntas que respuestas, que promueve el discernimiento y el “no tragar entero”. El maestro es un ser que impacta de por vida la vida de sus estudiantes porque compartió con ellos los secretos de la vida misma con sabiduría y no con ciencia hinchada y fatua. Se requiere, pues, que el educador-maestro tenga VOCACION, que posea una identidad propia, que sea auténtico.

En Colombia, hace años, el educador era reconocido socialmente. Se le ubicaba al mismo nivel del alcalde, del cura del pueblo y de las demás autoridades. Tenía una visión omnicomprendensiva de la realidad que lo convertía en una verdadera autoridad cualificada, de alto nivel profesional. La mayoría de ellos eran auténticos maestros. Hoy se encuentra, en términos generales, bastante relegado, mal pagado, deteriorada y desprestigiada socialmente su imagen, avocado a convertirse en un mercenario de la educación que trabaja simplemente por un salario. De hecho, muchos se vuelven docentes porque no tienen otra cosa que hacer en la vida o temporalmente utilizan esta profesión como peldaño o trampolín insufrible que hay que superar cuanto antes.

El estatus social del educador ha sufrido deterioro por su precaria formación inicial y por la carencia casi total de una educación continuada. El síndrome de la rutina ha sido su peor enemigo en el camino pedagógico y de su prestigio ante la comunidad educativa. A esto ya me referí anteriormente.

Tarea inmediata es recuperar la dignidad y la autoestima. Que se forme bien, que no caiga en la rutina, que investigue, que produzca pensamiento, que cuente con experiencia de

trascendencia, que aprenda a trabajar en equipo y de modo intra, inter y transdisciplinariamente.

No podrá y no podremos como educadores reposicionarnos si no nos lo planteamos como urgente prioridad. Con llorar sobre la leche derramada, con quejarnos y lamentarnos permanentemente sobre nuestra situación, no hacemos más sino aumentar nuestra depresión y baja auto-estima. Hay que dejar de quejarse y de lloriquear y hay que poner más de nuestra parte. Conozco maestros que en precarias condiciones poseen una elevada estima de sí mismos, de su trabajo, de lo que hacen. No se cansan de luchar contra-corriente, sueñan, planean, proponen, construyen. Muchas veces, la mayoría de las veces, lo hacen con las uñas, con pocos recursos, pero lo hacen con amor y con generosidad. Entonces, con ese testimonio de vida, sin verbalizarlo, le están diciendo a sus estudiantes que vale la pena luchar en la vida, que no hay que arredrarse ni amilanarse, que hay que buscar superarse, que encerrados en sus lamentos no se progresa y crece. Son unos verdaderos gigantes de la educación.

Para medírsele a la noble tarea de educar es necesario sentirse llamado, tener vocación, apertura a lo diverso, actitud de búsqueda, visión de futuro, sentido universal, conciencia crítica, afán investigativo y, sobre todo, una gran voluntad de amar y servir. Un verdadero maestro es razón y co-razón pues llega a la mente y al corazón de sus estudiantes. Un verdadero maestro lo único que hace es dar y darse a sí mismo, naturalmente, con lo que es.

Necesitamos actualizar y afianzar nuestra identidad teniendo claros estos rasgos más característicos:

- Evangelización: Tarea irrenunciable y finalmente la razón por la cual educamos: tenemos Colegios y Escuelas para evangelizar a tiempo y a destiempo. Este es el verdadero “plus”, el “valor agregado” por excelencia. Podemos ser muy buenos académicamente, pero si no evangelizamos, no se justifica tener obras educativas simplemente como obras filantrópicas.
- Justicia Social: No aludimos a discursos erosionados de los años 70s. Estamos diciendo que como educadores debemos concientizar y mover a la acción y no únicamente sensibilizar. Recientemente, el P. General de la Compañía de Jesús nos escribía “No basta una educación académica excelente si no somos capaces de transmitir también un testimonio de austeridad y justicia conforme a la situación que vive Colombia de tanta necesidad...”<sup>6</sup>
- Inculturación: En la realidad global y en la realidad particular de nuestros jóvenes. Allí están los nuevos areópagos, las nuevas culturas y los nuevos lenguajes. Necesitamos educadores-maestros cercanos a los jóvenes y a lo que es su vida. Nuestros discursos y nuestra vida no pueden ir por canales distintos.

Así las cosas, la identidad se expresa aún externamente: es el “caminadito”, el “sello”, la “impronta”, el “talante” que no nos hace mejores pero sí distintos de los demás.

En segundo lugar, se espera de nuestros educadores **que tengan algo que valga la pena enseñar**. En otras palabras: que lo que se enseñe sea pertinente.

Si el sistema educativo vigente se caracteriza por ofrecer una enseñanza fragmentada, acrítica, desactualizada, inadecuada, entonces el reto es el “aprender a conocer” en estricto sentido filosófico-epistemológico.

Para ello los proyectos educativos institucionales y sus respectivos currículos deben ser pertinentes y coherentes, elaborados con el concurso de las respectivas comunidades educativas y apuntando a un proyecto común de nación.

---

<sup>6</sup> Respuesta del P. Peter-Hans Kolvenbach a una Carta de oficio.

Nunca un proyecto educativo institucional podrá ser entendido o asumido como una injerencia, adoctrinamiento o coacción de libertades. Es una propuesta que, por la libertad de enseñanza, está allí para ser acogida o no, pero que debe apasionar y comprometer al que educa según estos parámetros.

La pregunta inicial que debe plantearse es: ¿Nos preocupan nuestros estudiantes?, ¿Nuestro discurso en el aula les dice algo?, ¿Estamos educando para la vida y para la convivencia humana?, ¿Están nuestros estudiantes poco motivados, indiferentes y pasivos ante una oferta educativa nuestra anacrónica? Quizás los exitosos métodos y estrategias pedagógicas de otrora no sean los de ahora. Hay que renovarse y ganar en autoridad. Hay que acercarse a los estudiantes y hacerse como ellos, hay que conquistar su corazón.

Es verdad que el educador debe estar al día en los nuevos modelos y métodos de aprendizaje. Hoy se habla mucho de formar integralmente, de educar en habilidades para la vida, del desarrollo de inteligencias múltiples, de la formación de competencias y no sólo del transmitir conocimientos.

El educador, como lo dijimos en la primera parte, debe superar su pobreza cultural, sin que eso signifique llenarse de cartones y títulos pues pueden tenerse cada vez más títulos y a la par cada vez menos calidad humana. Los maestros de antaño apenas si superaban los conocimientos básicos y fundamentales en sus materias, pero eran auténticos maestros. Hoy contamos con licenciados, magísteres y doctores que les falta calor humano, les falta pedagogía.

Los mejores educadores deben ser puestos en la educación básica primaria para sentar allí las mejores bases. Hay que superar la falsa idea de que educar a los pequeños es más fácil y que lo puede hacer cualquiera y de cualquier manera pues no requiere tanta preparación.

Un buen educador es un **buen comunicador**. De la mano con el punto anterior está el que el educador domine los contenidos y también los sepa comunicar. Las dos cosas al tiempo: ¿no hemos sido pacientes o víctimas de educadores que saben mucho pero no saben comunicarlo?

Así como el educador que sabe lo que enseña es un evocador del conocimiento y de la sabiduría, es también, en razón de su vocación, un convocador que interesa a sus estudiantes por aprender y aprender a vivir juntos.

La estrecha relación entre educador-estudiante es la esencia del proceso pedagógico, así exista la educación a distancia o las nuevas tecnologías pretendan suplantar en muchas ocasiones al maestro. Dichas relaciones deben ser excelentes con sus estudiantes y con los demás miembros de la comunidad educativa. Debe conocerlos no sólo por su nombre sino en otras dimensiones de su vida, acompañarlos de cerca en sus dudas e incertidumbres, hacerles seguimiento a los procesos que desarrolla. Aceptar con humildad que no nos las sabemos todas y que también como educadores tenemos mucho que crecer, que madurar, que no conocemos el final de la película de la vida, que estamos buscando juntos. El auténtico educador-maestro es compañero de camino, como Platón con su mayéutica, como Jesús camino a Emaús: sin avasallar, sin violentar.

El educador no sólo habla. El educador también debe aprender a escuchar y hacerlo en profundidad, porque también de sus estudiantes puede recibir muchos aportes. Porque es sensible, el educador se deja interpelar por sus interlocutores y por lo que les pasa.

El educador debe ofrecer afecto sincero. De ahí que también deba educar su afectividad. Hoy día hay una carencia enorme de acogida y cariño. La destrucción de los hogares, la disolución de la familia, las ausencias de los padres y madres de familia, suplantados muchas veces por la empleada doméstica, ha generado un vacío enorme de afecto. El educador no es estrictamente su reemplazo. No puede serlo. Sin embargo debe ofrecer un afecto particular,

maduro, sin manipulaciones psicológicas. El educador debe amar por encima de todo, sin generar dependencias, sin “pasar la factura” por el bien que hace.

Como buen comunicador, el educador debe animar a sus estudiantes a vivir e irradiar sus propios talentos, explotándolos al máximo en favor de los demás dado que la solidaridad es eso: compartir, comunicar bienes. Y el educador es el primero en hacerlo, por eso posee un excelente manejo del tiempo en el aula: lo que urge no es terminar cuanto antes con la programación académica prevista, lo que urge es dialogar con sus alumnos, compartir con ellos la sabiduría de la vida.

En últimas, el buen comunicador que debe ser el maestro-educador es una persona de diálogo. La relación dialógica con sus estudiantes es un no-negociable si quiere promover los valores de la convivencia, la tolerancia y el respeto en la diversidad.

Al educador se le exige **ser coherente entre lo que enseña y lo que vive**. El ejemplo es el instrumento fundamental de su tarea. Consistencia, credibilidad, testimonio, son valores irrenunciables para un auténtico educador. Es la auténtica educación en valores. Por eso, un auténtico educador habla con autoridad, no la que se le ha otorgado como poder sino la que se ha ganado con ascendiente. No es impositivo, porque es creíble. Es la autoridad que le viene no sólo de lo que sabe sino de su ejemplo de vida.

Y a propósito de la educación en valores, hoy día se insiste mucho en ella al punto de que todos nos preguntamos cómo hacerlo y pareciera no encontrarse la manera, cuando en realidad la mejor educación en valores es ésta, la del testimonio de vida, pues no son los valores que se proclaman sino los que se viven testimonialmente los que quedan, en últimas, para la vida.

Mas la verdad sea dicha también: el discurso axiológico del educador, así ofrezca un testimonio existencial, va en contravía de las experiencias cotidianas a nivel social: Se es profeta en el desierto. Mas así se nos considere verdaderos quijotes, no podemos renunciar a tal empeño. Por eso el educador, además de evocador y convocador es un provocador, porque exhorta, anima, reta, seduce, cuestiona, interroga, sorprende, pone a pensar, no descalifica. No basta el aprender a ser, hay que también aprender a hacer. Hay que aprender a hacer la cotidiana relación entre teoría y praxis, palabra y acción, fe y vida. En ese sentido, el educador es un profeta que arraigado en su pueblo, en su gente, en sus estudiantes, anuncia, denuncia y da testimonio.

En tiempos de crisis como los actuales, en estos nuevos advenimientos, no se ocultan los problemas en una campana de cristal, no se eluden las crudas realidades. Hay que despertar a la realidad. No puede haber una esquizofrenia entre lo que se dice en el aula o en los ámbitos escolares y lo que pasa en la vida. El educador es un formador de la conciencia crítica: no se puede tragar entero lo que nos dicen alrededor. Es un hermeneuta de la realidad, un visionario de nuevos horizontes que avizora las tendencias y sus desafíos respectivos. Un soñador con los pies puestos en tierra. Un holista, un formador integral: si queremos alumnos formados integralmente, necesitamos maestros íntegros y formados integralmente.

Los problemas sociales no están a la puerta de la escuela sino dentro de ella: la prosmicuidad sexual, la droga, la pobreza, el hambre, la violencia. Al educador le corresponde decir una palabra, pronunciarse ante ello y hablar en un espacio donde otras instituciones no tienen cabida. Por eso, academia y vida van íntimamente unidas.

El educador es también un anunciador y mediador de la esperanza: Polula la desilusión por soluciones políticas y económicas que nunca llegan y se renuncia incluso a la fe, ha crecido la espiral de tristeza y desengaño, la pobreza ha aumentado y la brecha entre ricos y pobres es infranqueable. Frente al futuro hay escepticismo: bienvenidos al futuro: ¿cuál futuro? El

educador es o debería ser la voz de los sin voz, aliento en las crisis, defensor apasionado de la vida dando si es necesario la vida misma.

Hay, pues, que ayudar a dar sentido. Estos tiempos, dice Victor Frankl no son de frustración sexual como en los tiempos de Freud sino de carencia de sentido. Por eso hay que ayudar a los estudiantes para que elaboren su propio proyecto de vida. Son ellos los protagonistas y artífices de su propia existencia y en sus manos está el hacer de ella un cielo o infierno, ser felices o desgraciados. La responsabilidad está en cada uno. Por eso, el sentido no se otorga. Cada uno toma sus decisiones en forma libre, responsable y autónoma.

### **3. Jesucristo, El Maestro, paradigma y referente de nuestra identidad**

Sólo uno es “El” Maestro: Jesucristo lo es por antonomasia, por eso se constituye para nosotros en paradigma y referente de nuestra identidad.

A lo largo de esta ponencia he venido insinuando muchos aspectos que se inspiran en la buena nueva de Nuestro Señor Jesucristo y que hacen parte de esa identidad que todo educador debe poseer. Quiero, ahora, explicitar algunos otros.

En la Conferencia de Aparecida, nuestros Obispos nos hicieron la invitación, como discípulos, a configurararnos con el Maestro<sup>7</sup>. Si “la misión primaria de la Iglesia es anunciar el evangelio”<sup>8</sup>, la escuela católica y nosotros sus educadores, en consecuencia, debemos tenerlo también como nuestro fin primordial. Dicho brevemente: la razón de nuestra labor educativa es el sentido evangelizador que le damos a lo que hacemos: evangelizamos educando y educamos evangelizando. No es solo un juego de palabras, repito, es el sentido profundo de nuestra misión.

Juan XXIII ese maravilloso Pontífice visionario que nos regaló Dios al comienzo de la segunda mitad del siglo pasado, visionariamente advertía que el siglo XXI sería el siglo de los laicos. No lanzaba un cumplido, planteaba un desafío. Por eso, su sucesor, Pablo VI, en la *Evangelii Nuntiandi*<sup>9</sup> afirmaba que propio del ámbito laical era la tarea evangelizadora en la educación de la niñez y la adolescencia. La magnitud de la misión es tal que la Conferencia de Puebla llegará a decir que de lo que se trata es que sean “hombres de Iglesia en el corazón del mundo y hombres de mundo en la corazón de la Iglesia”<sup>10</sup> y la Conferencia de Aparecida insistirá en este legado pero invitará también a su formación integral en todas las dimensiones<sup>11</sup> porque la tarea no es fácil y se requiere “dar razón de nuestra esperanza” como decía el Apóstol.

Así las cosas, la persona de Jesucristo, mucho más allá de la de un líder y personaje que transformó la historia de la humanidad, debe suscitar en el educador-maestro el deseo profundo de conocerlo para más amarlo, seguirlo y servirle a ejemplo de Maestro por excelencia. No se trata simplemente de admirarlo, se trata de adherirse a su causa y comprometerse con ella. Al fin y al cabo es el auténtico “Camino, Verdad y Vida”<sup>12</sup>, camino para seguir, verdad para proclamar y vida para testimoniar.

Así como María que fue madre y maestra porque llevó en su seno al Hijo del Eterno Padre, nos corresponde como educadores configurararnos con Jesucristo en el distintivo rasgo del amor. “Ama y haz lo que quieras”, decía San Agustín bellamente, porque una vez conocido el amor de Dios nada ni nadie nos podrá apartar de él, ya nos lo aseguraba el apóstol Pablo.

---

<sup>7</sup> Cfr. Aparecida, 136-ss

<sup>8</sup> *Ibid.*, 331

<sup>9</sup> Cfr. E.N., 70

<sup>10</sup> Puebla, 786

<sup>11</sup> Cfr. Aparecida, 279

<sup>12</sup> Jn. 14,6

El evangelio que es esa radiografía viviente del Señor nos revela los auténticos secretos de nuestro Maestro, entre los cuales sobresale su misericordia, esto es, como decía Juan Pablo II en su carta encíclica "Dives in misericordia", el amor típico de Dios que es capaz de hacerse uno como nosotros para salvarnos. De ese amor maravilloso fluyen como consecuencia y en cascada, cual manantial inagotable de valores exquisitos, la cercanía y cuidado particular por los más pobres y débiles, la fidelidad a la misión, la capacidad de poder compartir su destino en la misión, el ser respetuosos de la persona humana y la comunidad en sus procesos continuos y graduales, el acompañamiento como un interesarse realmente por el otro y su suerte... en fin!!

Labor de educadores a ejemplo de Jesucristo es invitar a los niños y jóvenes que se nos confían a que vayan a El y encuentren en El al Maestro, el Amigo, el Pastor, en síntesis, al auténtico referente que tanto necesitan. Mas como bien dicen los mismos Obispos, este rescatar la identidad católica de la escuela requiere de valentía y audacia<sup>13</sup>. No es fácil. Es el desafío más grande de cuantos hoy hemos expuesto aquí, porque no se trata solo de anunciarlo en los espacios que tradicionalmente hemos dedicado para ello (catequesis, horas de educación religiosa escolar o de actividades pastorales), sino a tiempo y a destiempo, con una evangelización integral que afecte el currículo transversalmente<sup>14</sup> pero, sobre todo, con el testimonio de vida, es decir, ése modo de proceder que genere credibilidad, ascendencia y un liderazgo que movilice y arrastre a muchos a seguirlo con pasión.

No quiero seguir con un discurso sobre un tema de nunca acabar. Quisiera ahora que ustedes siguieran esta bellísima oración a Jesucristo que compuso el P. Pedro Arrupe, nuestro anterior Superior General de la Compañía de Jesús y que todo educador debería orar si quiere fortalecer su identidad a estilo del Maestro:

*"Señor: meditando el modo nuestro de proceder he descubierto que el ideal de nuestro modo de proceder es el modo de proceder tuyo. Por eso fijo mis ojos en Ti, los ojos de la fe, para contemplar tu iluminada figura tal cual aparece en el Evangelio. Yo soy uno de aquellos de quienes dice San Pedro: "a quien amáis sin haberle visto, en quien creéis aunque de momento no le veáis, rebosando de alegría inefable y gloriosa".*

*Señor, Tú mismo nos dijiste: "os he dado ejemplo para que me imitéis". Quiero imitarte hasta el punto de que pueda decir a los demás: "sed imitadores míos, como yo lo he sido de Cristo". Ya que no pueda decirlo físicamente como San Juan, al menos quisiera poder proclamar con el ardor y sabiduría que me concedas, "lo que he oído, lo que he visto con mis ojos, lo que he tocado con mis manos acerca de la Palabra de Vida; pues la Vida se manifestó y yo lo he visto y doy testimonio".*

*Dame, sobre todo, el "sensus Christi" que Pablo poseía: que yo pueda sentir con tus sentimientos, los sentimientos de tu Corazón con que amabas al Padre y a los hombres. Jamás nadie ha tenido mayor caridad que Tú, que diste la vida por tus amigos, culminando con tu muerte en cruz el total abatimiento, kénosis, de tu encarnación. Quiero imitarte en esa interna y suprema disposición y también en tu vida de cada día, actuando, en lo posible, como Tú procediste.*

*Enséñame tu modo de tratar con los discípulos, con los pecadores, con los niños, con los fariseos o con Pilatos y Herodes; también con Juan Bautista aun antes de nacer y después en el Jordán. Cómo trataste con tus discípulos, sobre todo los más íntimos: con Pedro, con Juan y también con el traidor Judas. Comunícame la delicadeza con que les trataste en el lago de Tiberíades preparándoles de comer, o cuando les lavaste los pies.*

---

<sup>13</sup> Cfr. Aparecida, 337

<sup>14</sup> Cfr. Ibíd., 338

*Que aprenda de Ti... tu modo al comer y beber; cómo tomabas parte en los banquetes; cómo te portabas cuando tenías hambre y sed, cuando sentías cansancio tras las caminatas apostólicas, cuando tenías que reposar y dar tiempo al sueño.*

*Enséñame a ser compasivo con los que sufren; con los pobres, con los leprosos, con los ciegos, con los paralíticos; muéstrame cómo manifestabas tus emociones profundísimas hasta derramar lágrimas; o cómo cuando sentiste aquella mortal angustia que te hizo sudar sangre e hizo necesario el consuelo del ángel. Y, sobre todo, quiero aprender el modo como manifestaste aquel dolor máximo en la cruz, sintiéndote abandonado del Padre.*

*Ésa es la imagen tuya que contemplo en el Evangelio: ser noble, sublime, amable, ejemplar; que tenía la perfecta armonía entre vida y doctrina; que hizo exclamar a tus enemigos "eres sincero, enseñas el camino de Dios con franqueza, no te importa de nadie, no tienes acepción de personas"; aquella manera varonil, dura para contigo mismo, con privaciones y trabajos; pero para con los demás lleno de bondad y amor y de deseo de servirles.*

*Eras duro, cierto, para quienes tienen malas intenciones; pero también es cierto que con tu amabilidad atraías a las multitudes hasta el punto que se olvidaban de comer; que los enfermos estaban seguros de tu piedad para con ellos; que tu conocimiento de la vida humana te permitía hablar en parábolas al alcance de los humildes y sencillos; que ibas sembrando amistad con todos, especialmente con tus amigos predilectos, como Juan, o aquella familia de Lázaro, Marta y María; que sabías llenar de serena alegría una fiesta familiar, como en Caná.*

*Tu constante contacto con tu Padre en la oración, antes del alba, o mientras los demás dormían era consuelo y aliento para predicar el Reino.*

*Enséñame tu modo de mirar, como miraste a Pedro para llamarle o para levantarlo; o como miraste al joven rico que no se decidió a seguirte; o como miraste bondadoso a las multitudes agolpadas en torno a Ti; o con ira cuando tus ojos se fijaban en los insinceros.*

*Quisiera conocerte como eres: tu imagen sobre mí bastará para cambiarme.*

*El Bautista quedó subyugado en su primer encuentro contigo; el centurión de Cafarnaum se siente abrumado por tu bondad; y un sentimiento de estupor y maravilla invade a quienes son testigos de la grandeza de tus prodigios. El mismo pasmo sobrecoge a tus discípulos; y los esbirros del Huerto caen atemorizados. Pilatos se siente inseguro y su mujer se asusta. El centurión que te ve morir descubre tu divinidad en tu muerte.*

*Desearía verte como Pedro, cuando sobrecogido de asombro tras la pesca milagrosa, toma conciencia de su condición de pecador en tu presencia. Querría oír tu voz en la sinagoga de Cafarnaum, o en el Monte, o cuando te dirigías a la muchedumbre "enseñando con autoridad", una autoridad que sólo del Padre te podía venir.*

*Haz que nosotros aprendamos de Ti en las cosas grandes y en las pequeñas, siguiendo tu ejemplo de total entrega al amor al Padre y a los hombres, hermanos nuestros, sintiéndonos muy cerca de Ti, pues te abajaste hasta nosotros, y al mismo tiempo tan distantes de Ti, Dios infinito.*

*Danos esa gracia, danos el 'sensus Christi', que vivifique nuestra vida toda y nos enseñe -incluso en las cosas exteriores- a proceder conforme a tu espíritu.*

*Enséñanos tu 'modo' para que sea 'nuestro modo' en el día de hoy y podamos realizar el ideal de... ser compañeros tuyos, 'alter Christus', colaboradores tuyos en la obra de la redención.*

*Pido a María, tu Madre Santísima, de quien naciste, con quien conviviste 33 años, y que tanto contribuyó a plasmar y formar tu modo de ser y de proceder, que forme en mí y en todos... (tus hijos), otros tantos Jesús como Tú."*

#### **4. Conclusión**

El educador es consciente de que siembra a futuro. Sus denodados esfuerzos no tendrán pronto resultados. Son su esperanza.

Los desafíos aquí enunciados son ineludibles si queremos ser fieles a nuestra vocación de maestros-educadores y se constituyen más que en carga en aliciente para seguir adelante, con la frente en alto, mirando a futuro, soñando y haciendo realidad los sueños.

Jesucristo Maestro, Jesucristo Modelo, es nuestro inspirador para la tarea que a diario afrontamos. Que El nos ayude a ser otros maestros, a su estilo. No nos desanimemos, si El está con nosotros, quién podrá contra nosotros?

Concluyo con este poema de Mons. Pedro Casaldáliga para que lo recitemos en esos momentos en que pareciera que nos sentimos desbordados con tantas cosas y cuando la falta de fe y de esperanza nos agobian al no ver pronto los resultados que quisiéramos ver:

*"Es tarde?*

*Es tarde, pero es nuestra hora.*

*Es tarde pero es todo el tiempo que tenemos a mano para hacer el futuro.*

*Es tarde, pero es madrugada si insistimos un poco."<sup>15</sup>*

Muchas gracias!

---

<sup>15</sup> Citado por el P. Mario Peresson en su magistral ponencia durante el XV Congreso de la OIEC en Jaipur, India.

### ***Bibliografía básica empleada***

Borrero, Alfonso Los Maestros Conferencia en mimeo durante el Simposio Permanente sobre la Universidad, Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN, Bogotá, 1990

CELAM V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe Documento Conclusivo, CELAM, Bogotá, 2007

Delors, Jacques y otros La educación encierra un tesoro Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI. Editorial Santillana y Ediciones Unesco, Madrid, 1996

Freire, Paulo Pedagogía del Oprimido. Siglo XXI editores, Bogotá, 1983 30a.edición

García Márquez, Gabriel y otros Colombia : al filo de la oportunidad Informe conjunto de la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo. Editorial Presencia, Bogotá, 1995

Rincón, José Leonardo Postmodernidad y Santo Domingo en las Revistas Apuntes Ignacianos No. 7 de Enero de 1993 y Theologica Xaveriana No. 106 de Abril de 1993, Bogotá.

Varios Memorias de la I Asamblea del Area Educativa ACODESI, Colección Aportes No. 2, Bogotá, Mayo de 2000

Varios La Escuela Católica y los desafíos del siglo XXI Memorias del XV Congreso de la OIEC en Jaipur, Abril de 1998, México, 1998

Varios Los Maestros de América y la formación de la nueva cultura Memorias del XIX Congreso de la CIEC, México, Enero de 2001, México, 2001

Varios Orientaciones Universitarias No.13 Conferencias durante el Simposio : "El profesor universitario, ¿maestro ?" en Universidad Javeriana, Bogotá, 1995

Varios Revista Misión Joven No. 286, Madrid, Noviembre de 2000

Vásquez, Fernando. Oficio de Maestro. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2000